

MITO, INTERÉS Y COMPROMISO: ARQUETIPOS NARRATIVOS EN LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

Luis GALVÁN
Departamento de Literatura Hispánica
y Teoría de la Literatura
Universidad de Navarra
31080 Pamplona

ENTRE LOS MÉRITOS DE NORTHROP FRYE suele contarse el impulso que dio al estudio del *romance*, es decir, los libros de aventuras, caballerías y fantasía, con *Anatomy of Criticism* y obras posteriores, en especial *The Secular Scripture*, de 1976 (Dolzani 60; Hart 84). Precisamente en los años setenta se emprende el estudio sistemático de los libros españoles de aventuras y caballerías de la Edad Media y el Renacimiento (Eisenberg 1973; Deyermond 1975). Una mayor aplicación de la teoría de Frye en este ámbito proporcionará claves para describir la estructura profunda de los libros de caballerías y para conectarlos con el resto de la literatura. Además, la propia teoría puede con ello contrastarse empíricamente en un nuevo corpus y perfilarse mejor.

Así pues, el objeto de este trabajo es caracterizar elementos básicos de los libros de caballerías castellanos a la luz de la teoría de Northrop Frye. Enfoqué esencialmente dos aspectos. En primer lugar, analizaré la forma configurada por el dinamismo lineal, la tensión que lleva el relato de principio a fin, y por la estructura que compone el juego de recurrencias y contrastes entre determinadas situaciones.¹ En segundo lugar, trataré el aspecto de la comunicación entre autor y lectores, distinguiendo entre la proyección de ideologías, o compromiso ideológico, y la proyección de deseos, o interés humano en una vida más plena.²

El primer propósito de esta investigación es profundizar en el análisis de la estructura de los libros de caballerías. Más allá de las convenciones repetitivas sobre niños perdidos y amantes predestinados, se descubre una verdadera variedad en la plasmación de la vida humana y en el planteamiento de problemas acerca de su representación verbal. Además, cuando se desnuda la estructura del ropaje convencional, saltan a la vista los parentescos con el resto de la experiencia literaria e imaginativa. El segundo propósito consiste en contrastar la teoría de Frye con un corpus literario que le resulta ajeno, para prolongar la discusión sobre lo ideológico y lo mítico, el compromiso y el interés en la literatura.

1. *Amadís de Gaula y sus primeras continuaciones*

Amadís de Gaula, en la versión que ofrece Rodríguez de Montalvo, es el punto de referencia inicial del género caballeresco en Castilla; para completar algunas consideraciones es necesario recurrir a su primera continuación, *Las sergas de Esplandián*, del mismo autor.³

El *Amadís* tiene una doble configuración lineal. En primer lugar, está el proceso vital del protagonista: nace, recibe la investidura de caballero y realiza incontables proezas; más tarde empieza a actuar como capitán de un ejército y como príncipe de una corte; a mediados de *Las sergas* se convierte en rey de Inglaterra. Parece una progresión favorable, pero la sabia Urganda lo interpreta de otra manera:

Comiença ya a sentir los xaropes amargos que los reinados y señoríos atraen, que cedo los alcançarás; que assí como con tu sola persona y armas y cavallo, haziendo vida de un pobre cavallero, a muchos socorríste y muchos menester te ovieron, assí agora con los grandes estados, que falsos descansos prometen, te convertná ser de muchos socorrido, amparado y defendido. [...] muchas vezes querrías ser tornado en la vida primera. (*Amadís*, iv, 133: p. 1763)⁴

Así pues, se trata de un proceso sujeto al girar de la rueda de la fortuna, que ha ido subiendo hasta ahora y aquí empieza a bajar. Sí existe progresión, en cambio, en el amor a Oriana, que constituye una verdadera demanda caballeresca terminada con éxito: Amadís la conoce, la sirve y se desposa en secreto con ella; tras una crisis de celos, la salva de otro pretendiente, y por fin se casan.

De otro lado, el motivo de la muerte de Amadís, aparente o inminente, y su retorno a la vida constituye un movimiento cíclico repetido. Amadís, como tantos héroes, es fruto de unos amores ilegítimos y su madre lo abandona —no sin las oportunas prendas de identificación—; tras sus primeras hazañas, es reconocido con gran alegría (I, 1-10). Poco más tarde, su archienemigo Arcaláus lo somete a un encantamiento que lo deja inerte y en vías de morir (I, 18), pero dos doncellas con poderes mágicos lo reviven. Amadís entonces ahuyenta a los esbirros de Arcaláus y libera a sus prisioneros, quienes se ocupan de señalar el sentido arquetípico del episodio: “assí salió nuestro Salvador Jesu Christo de los infiernos cuando sacó sus servidores” (I, 19: p. 440). La tercera muerte le sobreviene por el despecho de Oriana, quien cree que Amadís le es infiel. El caballero abandona el mundo, cambia de nombre, hace penitencia junto a un ermitaño y se deja morir de pena; pero en el último momento lo reconoce una criada de su señora: esta ha descubierto la verdad, se ha arrepentido, y le envía una carta con poder de “te quitar de la muerte” (II, 52); así que él vuelve feliz a su encuentro. La cuarta oca-

sión es el combate con el Endriago en la Isla del Diablo (III, 73): Amadís lucha contra el monstruo y lo vence, pero queda malherido, se siente morir, su escudero cree que ha muerto; cuando el sabio Elisabad consigue curarlo (pp. 1145-47), Amadís le dice: “a vos, mi señor, agradezco yo mi vida” (p. 1150).

La última muerte de Amadís –por lo que atañe a Rodríguez de Montalvo– está más diferida y desplazada. Primero la explica Urganda en términos puramente metafóricos: las hazañas de Esplandián superarán a las de Amadís su padre,

así que por muchos que más no saben será dicho que el hijo al padre mató. Mas yo digo que no de aquella muerte natural a que todos obligados somos, salvo de aquella que pasando sobre los otros mayores peligros, mayores angustias, gana tanta gloria que la de los passados se olvida. (IV, 133: p. 1763)

Sin embargo, en *Las sergas* Rodríguez de Montalvo va más allá, y presenta a padre e hijo en una durísima batalla que llega casi al punto de la muerte (28-29). Luego retoma el argumento anterior:

algunos dixeron que en ella Amadís de aquellas heridas muriera, y otros que del primer encuentro de la lança, que a las espaldas le pasó. [...] Mas no fue así, que aquel gran maestro Helisabad le sanó de sus llagas [...]. Pero la muerte que a Amadís le sobrevino no fue otra sino que, quedando en olvido sus grandes fechos casi como so la tierra, florecieron los del fijo con tanta fama, con tanta gloria que a la altura de las nuves parecían tocar. (29: pp. 253-54)

En resumen, tiene Amadís cinco cuasi-muertes y retornos a la vida; cada ocasión está ligada a un área de actividad diferente: la primera a la familia, la segunda a la caballería, la tercera al amor, al cuarta a la religión –el Endriago es un monstruo de origen diabólico y Amadís lo mata por el honor de Dios–, la quinta al paso del tiempo y al empuje de la nueva generación caballeresca.

Amadís es, por tanto, una figura a la vez humana y mítica. Como ser humano, está sujeto al proceso natural de maduración y envejecimiento. Pero también tiene una capacidad de morir y resucitar digna de un mito solar o de la fertilidad vegetal. Según parece, en las versiones antiguas se imponía el proceso humano lineal, ya que el hijo joven mataba al padre maduro.⁵ Rodríguez de Montalvo ha introducido una serie de modificaciones, en los hechos –Esplandián no llega a matar a Amadís– y en su interpretación –explica su victoria no solo por la fuerza del curso natural sino también por la diferencia que va de la caballería profana de Amadís al espíritu de cruzada suyo (*Las sergas* 2: p. 127; 48: pp. 338-39)–. Además, al final de *Las sergas* introduce un artificio que impide la terminación natural de la vida de los personajes. “Estando Urganda en la su Ínsula No Hallada, supo por sus artes cómo la

muerte se allegaba a todos los más principales de aquellos reyes que ella tanto amava” (133: p. 816); por ello, los convoca y les dice:

con ayuda de aquel más poderoso Señor, y después mía, assí como su sierva, por muy grandes y largos tiempos fuera de toda la natural orden quedaréis; y no sin esperança de tornar al mundo en aquella perfición de fermosura, en aquella floreciente y fresca edad que la avéis tenido cuando más en vosotros esclareció. (133: p. 818)

Y así, los rejuvenece, suspende sus sentidos y los oculta sepultando en el abismo la Ínsula Firme. Amadís y los suyos ingresan en un estado mítico, exento del curso natural, y queda la expectativa de que retornen al mundo, expectativa que se vincula al retorno del rey Arturo y también a la restitución de la Cristiandad, especialmente la recuperación de Constantinopla (99: p. 547; 133: p. 821). La rueda de la Fortuna sigue girando, ya no en lo personal, sino en lo histórico. Amadís se ha retirado al centro, y volverá al exterior cuando su lugar se encuentre de nuevo en alza.

La exposición del itinerario de Amadís ha absorbido buena parte de la vida de su primer descendiente. Esplandián tiene dos ciclos de muerte y retorno a la vida. El primero es semejante al primero de Amadís: al poco de nacer se pierde, y luego es recobrado (*Amadís de Gaula*, III, 66, 71). En realidad, esa etapa aún está subordinada a la peripecia de sus padres. El segundo ciclo, que es independiente, tiene lugar por el amor de Leonorina, la princesa de Constantinopla. Para entrevistarse con ella, Esplandián se oculta en una tumba muy rica; hace que envíen la tumba a Leonorina para que la vea y la tenga en custodia (*Las sergas* 95-97). Esplandián tiene también un progreso lineal, que culmina al casarse con Leonorina y acceder a la corona del Imperio (*Las sergas* 127). Es un punto ascendente, que contrasta con la decadencia de generaciones anteriores: sus abuelos Perión y Lisuarte han muerto en la batalla, y el padre de Leonorina, renunciando al Imperio, se retira del mundo. Esplandián no llega a ingresar en la etapa descendente porque se beneficia del encantamiento de Urganda que ya se ha mencionado a propósito de Amadís.

Esplandián está demasiado exento del curso natural para ser humano, y demasiado subordinado a Amadís para tener una dimensión mítica propia. Se trata de una encarnación del compromiso ideológico de Rodríguez de Montalvo, quien se ocupa más de afirmar y argumentar la superioridad del personaje que de mostrarla con hechos. Así, Esplandián se convirtió en una figura insulsa para lectores y autores de continuaciones. No tiene desperdicio la anotación al margen de un lector impacientado: “éste sin duda que nunca hizo la mitad que su padre y que Urganda la gran puta vieja mintió”.⁶ Y el principal continuador de la saga, Feliciano de Silva, hizo combatir de nuevo a Esplandián con Amadís, para que venciera este, dejando por mentiroso a Montalvo.⁷

Las continuaciones de *Amadís de Gaula* y *Las sergas* se dividen en dos tendencias: una, la primera en manifestarse, pero de menor duración, consiste en humanizar a Amadís y dar un sentido más edificante a los libros de caballerías; la segunda vuelve a cultivar la fantasía y la mitificación de los personajes.⁸

El primer continuador es Páez de Ribera con el *Florisando*. Su protagonista es hijo ilegítimo de Florestán, el medio hermano de Amadís. Su madre, Corisandra, lo abandona al nacer; se educa con un ermitaño, pero decide ser caballero (1-9). Emprende una serie de batallas para devolver castillos y tierras a sus legítimos señores, y para proteger la Gran Bretaña de una invasión de infieles y gigantes. Logrado esto, acude a socorrer a Corisandra en sus cuitas, y ella lo reconoce (204); retorna a la corte de Amadís, sabiendo ya que es de su linaje (211). Así pues, la trama de pérdida y retorno, que era el primer ciclo vital del caballero en los libros anteriores, se convierte aquí en estructura de todo el relato. El proceso de amores es absorbido en ella: hacia la mitad del libro, Florisando y Teodora, infanta de Roma, se conocen y se enamoran; una vez que se reconoce el linaje de Florisando, se pueden casar (211-219).

Páez de Ribera escribe con un propósito de edificación religiosa y moral. Florisando será un caballero cristiano con un ideal de cruzada: aprecia los hechos de Esplandián “por aver siempre sido contra infieles” (fol. 9v), y él quiere tomar las armas con ese mismo propósito (fol. 15r). Esta orientación ideológica repercute en un motivo heredado de *Las sergas*, el encantamiento de Amadís, que Páez de Ribera toma como foco de atención recurrente. Desde el principio lo reinterpreta en clave religiosa y además le resta eficacia como seguro contra la muerte. El prólogo declara:

aquel rey Amadís y sus hermanos y mugeres e hijo Esplandián fueron por la permisión de Dios de la luz de la presente vida llevados por tantos años. E [...] esto no podía ser por obra de encantaciones: salvo por especial permisión de Dios, o por sus pecados dellos [o] por los de sus pueblos, que ellos, siendo reyes, pudieran castigar y corregir. (fol. 1v)

De otra parte, el encantamiento no los libra de amenazas: el gigante Bruterbo está aparejado para luchar contra Amadís y Esplandián tan pronto sean desencantados (20); y más adelante se llega a conocer “el concierto que tenían hecho muchos jayanes y otros infieles de yr a desencantar al rey Amadís y a otros que allí estavan encantados, para después de desencantados darles muerte natural” (49: fol. 60r-v). Ante este peligro, el Emperador de Roma y el Papa combaten a los infieles y procuran desencantar a los caballeros; esta última tarea se encarga a cinco santos monjes que van predicando para que el pueblo haga oración y penitencia (90, 108). Cuando consiguen desencantarlos, los invitan a dar gracias a Dios

por la misericordia que de vuestros cuerpos ovo, no consintiendo que más fuesseen sujetos a las operaciones diabólicas so cuyo poder tantos años ha que por su permisión estáys puestos encantados hechos piedras, sin razón y sentido [...]; no pudo ser esto –a lo que nuestros humanos sentidos pueden juzgar– sino por grande yra y enojo que Nuestro Señor tuvo de vosotros: que haviéndoos él constituydo según dize por la boca de Geremías propheta: “Constituyste sobre las gentes rey para que dissipes vicios y plantes virtudes”, no haciendo qualquier cosa de estas para cuyo exercicio teneys el real nombre y el poderoso cetro, erráys y excedéys aquello para que fuestes por su divina clemencia nascidos y criados y puestos en la imperial cumbre. (150: fol. 154v)

Ahora bien, la liberación los pone en la perspectiva de la muerte. La primera noticia que recibe Amadís de lo que ha sucedido durante los años de su encantamiento es la muerte de su hijo Perión (153). El capítulo final anuncia que resta por contar cómo muere Amadís, lo que puede ser objeto de una continuación. En definitiva, el compromiso ideológico del *Florisando* cancela la dimensión mítica de Amadís, primero reinterpreteándola y después devolviendo el personaje al proceso natural hacia la muerte. Más aún, el libro pretende cancelar el mundo fantástico de las caballerías: narra un último combate donde luchan casi hasta la muerte Florisando y Esplandián; un monje presenta esta situación como ápice de las maldades de la caballería, que es contraria a la honestidad y la caridad, y consigue que todos juren “no consentir más en sus reynos y señoríos aquella mala costumbre de los cavalleros andantes y del caminar de las donzellas y dueñas”, y “quemar todos los libros de encantamientos” (227-228: fol. 210r).

Juan Díaz asume este punto de partida al emprender una continuación con las hazañas de Lisuarte, hijo de Esplandián. Dedicó los primeros capítulos a justificar la rehabilitación de la caballería andante (4-5, 10-13). Ante la amenaza que suponen los ejércitos infieles, el Papa consiente en absolver del juramento, pero prohibiendo los combates por mero pundonor entre caballeros, para que “todas sus fuerças empleen en el servicio de Dios que de tal virtud los ha dotado, y contra los enemigos de su santa fe, para que la religión cristiana, quedando vencedora, alabe a Dios por tantas vitorias, y la pagana sea estragada y abatida” (13: fol. 20r-v). Esta declaración no impide que Lisuarte tenga un itinerario convencional: endereza tuertos, lucha contra la magia, libera caballeros, y naturalmente se enamora de una princesa, Elena de Macedonia (49-51), y termina casándose con ella (175-183). El último capítulo declara la grandeza de su reinado y las hazañas de sus hijos (187).

Las aventuras de este Lisuarte y otros caballeros andantes están jalonadas por noticias del ocaso de la primera generación caballeresca. Urganda la Desconocida aparece vieja, ciega y enferma desde el principio (7, 9). Una voz sobrenatural anuncia que su muerte está próxima (62); ella misma lo confirma y toma disposiciones en una carta (116); por último, llega su cadáver a la corte

de Amadís para ser enterrado (155). En cuanto a Amadís de Gaula, al principio del libro, está en la cumbre de su poder y con fortaleza para dirigir la guerra contra los infieles y combatir él mismo (102-110); sin embargo, poco después Urganda profetiza su muerte (116). En efecto, algunas derrotas lo hunden en la tristeza y la enfermedad (140, 150, 155); se siente “viejo cansado” (159: fol. 189v), entra en fase terminal (161), oye un aviso divino – “apercíbete, rey, que antes de tercero día has de ser delante del alto juez” (164: fol. 193v)–, reúne a su familia, recibe los sacramentos, pronuncia una oración y “dio el ánima a su Creador, en braços de aquella noble reyna Oriana” (fol. 194v-195r). Sigue el duelo, el sepulcro, las exequias (165-166). Se calma el dolor para celebrar las bodas de Lisuarte, pero se vuelve al motivo de la muerte de Amadís, con la decisión de trasladar sus restos al monasterio de Fenusa, fundado por él (184). En este monasterio entran frailes Agrajes, Galaor y Florestán, mientras que Oriana, Briolanja y Olinda se meten monjas en el monasterio de Miraflores, y la reina Sardamira se hace beata (185-186).

En resumen, tanto Rodríguez de Montalvo como Páez de Ribera y Juan Díaz toman una postura de compromiso ideológico que afecta a la caballería en general y al personaje de Amadís en particular. Los tres sujetan la caballería al proyecto de cruzada en defensa de la cristiandad y la fe contra los infieles; Páez de Ribera da un paso más, decretando al final su abolición. Las batallas por el prurito de fama, las deshonestidades que ocasionan las doncellas errantes y la superstición diabólica de los encantamientos son incompatibles con exigencias cristianas más fundamentales que el ideal de cruzada. La necesidad de paz queda en primer plano. En ese momento, Páez de Ribera trasciende el compromiso ideológico y se sitúa en la perspectiva del interés humano elemental.

En cuanto a Amadís, se ataca su dimensión mítica. El personaje exhibió una gran capacidad de retornar a la vida en el libro de *Amadís de Gaula. Las sergas* lo va abatiendo, pero aún se salva por la exención del orden natural que supone el encantamiento final. Páez de Ribera deshace esta mitificación en el aspecto doctrinal, reinterpretando el encantamiento. Díaz la elimina por medios narrativos: hace que Amadís marche inexorablemente hacia la debilidad, la tristeza, la vejez y la muerte; en este caso, no habrá renacimiento. Díaz anuda esta trayectoria con su compromiso ideológico: Amadís ofrece un modelo de muerte edificante, y sus coetáneos se encierran en monasterios. Pero no se limita a esto: mediante el contrapunto con las bodas de Lisuarte y el anuncio de las hazañas venideras, suyas y de sus hijos, ofrece en sus páginas finales una visión esquemática de la vida humana, en su oriente, cenit y ocaso.

2. *Palmerín de Olivia y Primaleón*

El libro anónimo *Palmerín de Olivia* (1511) funda un nuevo linaje caballescuro que también tuvo gran éxito y varias continuaciones. Lo distintivo de esta serie será la organización estructural. El dinamismo de la trama del primer *Palmerín* es el consabido: hijo ilegítimo, ha de recuperar su identidad y reunirse con su familia; ve en sueños una hermosa doncella (12) –resulta ser Polinarda, hija del emperador de Alemania–, la busca, se conocen y enamoran (31-35), se desposan en secreto (47); hacia la mitad del libro se conoce el linaje de *Palmerín* (107), con lo cual puede pedirse oficialmente el matrimonio (108, 111); al final se anudan los dos hilos: *Palmerín* y Polinarda se casan y heredan la corona del Imperio de Constantinopla (165-65).

El reconocimiento y la promesa oficial de matrimonio constituyen una fuerte inflexión que divide el libro en dos mitades. Lo más característico de la estructura es la simetría de esas mitades, con la repetición de situaciones que ponen en peligro la integridad de *Palmerín* en distintos aspectos.

Una de las situaciones es el sometimiento de *Palmerín* a un soberano musulmán, lo que afecta a su identidad de caballero cristiano. En la primera mitad, va a parar a las tierras del Soldán de Babilonia, quien lo acoge en su corte. *Palmerín* encubre repetidamente que es cristiano (78, 88); incluso se ve comprometido a participar en una expedición militar contra Constantinopla (89, 96). Para su fortuna, durante la navegación sobreviene una tormenta que aparta su nave de la flota, y puede aprovechar la circunstancia para desembarcar en Alemania.

Palmerín, que en aquel lugar se vido, fincó las rodillas en el suelo e alçó las manos al cielo, e dió muchas gracias a Dios y a Santa María por le aver traydo a aquella tierra tanto a su voluntad. [...] E *Palmerín* otro día que allí llegó se fue a una yglesia e confesseose con un capellán, el qual le dió mucha penitencia por aver usado la ley de los moros. (97: pp. 199-200)

En la segunda mitad, *Palmerín* y otros caballeros son apresados por una flota del Gran Turco mandada por Olimael. Esta vez *Palmerín* no oculta su religión, pero en vez de luchar se ofrece a servir a los turcos bajo juramento de lealtad (118). Participan entonces en expediciones de saqueo contra ciudades cristianas de la costa del Adriático. “No podemos ál fazer sino yr contra los de nuestra ley por salvar nuestras vidas”, dice *Palmerín* (118: p. 255). Olimael torna para el Gran Turco, muy satisfecho, y “fazía muy grande honrra a *Palmerín* e a sus compañeros [...] e llevaba en coraçón, e ansí lo dezía, de pedir por merced al Gran Turco que los fiziesse libres e que les rogasse que se tornassen turcos” (120: p. 257). El Gran Turco procura atraerse a *Palmerín*.

Este se guarda de declarar que es descendiente del Emperador de Constantinopla, y además contemporiza: “aunque yo no me torne turco por agora, adelante, viendo la ley vuestra, podrá ser que la tome. [...] bien creo que, según la vuestra bondad es grande, que presto olvidaré la mi tierra” (120: pp. 260-61). Sin embargo, poco más tarde Palmerín y otros caballeros y doncellas asesinan al Gran Turco y escapan (122-123).

El segundo rasgo de Palmerín que se pone en peligro es la fidelidad a Polinarda, porque recibe proposiciones de distintas princesas. En la primera parte, sucede durante su estancia en la corte del Soldán de Babilonia. Se enamoran de él la hija del Soldán, Alchidiana, y su sobrina Ardemia. Esta última es una descocada que lo asalta, se le ofrece y, al desdeñarla Palmerín, muere de despecho (82). Alchidiana es más prudente, y Palmerín, aunque también la rechaza, le guarda amistad perpetua (83). En la segunda mitad, sucede algo semejante en la corte del Soldán de Persia. La hermana de este, Liçadra, se enamora de Palmerín, le dedica muchas atenciones y por fin se le declara, y él la rechaza (144-145, 150). Se advierte que todas estas pretendientes son musulmanas, por lo cual amenazan no solo la lealtad de Palmerín a Polinarda sino también su fidelidad religiosa.

Pese a toda su firmeza, Palmerín no consigue ser totalmente fiel a Polinarda: cae engañado por la Reina de Tarsis. Esta, tras ayudar de lejos a Palmerín, va a visitarlo y se enamora de él (85, 95). Da un banquete, embriaga a Palmerín con narcóticos puestos en el vino, y se une a él, quedando embarazada (95). Palmerín no es consciente ni lo recuerda, pero un sueño que tiene y otro que le cuenta Polinarda (95, 98) le revelan lo que sucedió. Polinarda lo perdona porque estaba sin juicio.

Así pues, Palmerín incurre en infidelidades de dos tipos: religiosa, en un contexto de simulación, y amorosa, enajenado por un narcótico. La simulación y el enajenamiento serán las claves de la inmediata secuela de este libro, el *Primaleón*. Esta obra se caracteriza por reforzar las correlaciones y contrastes estructurales en detrimento del dinamismo lineal. Tras un largo preludeo, pasan al primer plano Primaleón, hijo legítimo de Palmerín y Polinarda, y Duardos, príncipe de Inglaterra. Duardos se enamora de Gridonia al contemplar un retrato (70). Ahora bien, la familia de Gridonia es enemiga del Imperio de Constantinopla, por lo que requiere de sus pretendientes que maten a Primaleón (62-63). Duardos va a Constantinopla, desafía a Primaleón, y combate con él hasta casi la muerte de ambos, cuando Flérida, hermana de Primaleón, les ruega que se separen. Duardos queda prendado de Flérida, olvidando su antiguo amor (81-82). Primaleón, despechado por no haber vencido, abandona la ciudad; poco después, se enamora de Gridonia (83-85).

A partir de aquí, las historias de ambos discurren paralelas, y el narrador las va alternando. Duardos, creyendo ser odiado en la corte de Constantinopla, oculta su identidad y condición para seducir a Flérída. Se hace pasar por hijo de los jardineros de palacio, y puede acercarse a ella en el jardín. Flérída descubre que es caballero (99); empiezan a verse a solas por las noches; Duardos acude ricamente vestido y da a entender la alteza de su condición, aunque pone como primer mérito su amor (110). La situación se prolonga, se va complicando, y Duardos termina por raptar a Flérída y emprender el viaje a Inglaterra (155-156).

Entretanto, Primaleón se ha presentado ante Gridonia; también él oculta su nombre, haciéndose llamar “Caballero de la Roca Partida”, y se pone a su servicio. Repetidas veces tiene que prometer que le dará la cabeza de Primaleón (87, 92, 136, 177, 182), y tiene que arrostrar sospechas sobre su identidad (93, 114). Al cabo, viaja con Gridonia hasta Constantinopla, manteniendo la disimulación. Allí, reunida la corte, habla solemnemente a Gridonia:

“Yo vos digo que ahora estoy en la mayor cuita y peligro que yo jamás me vi si la vuestra mesura y bondad no me socorre. Yo, señora mía, vos prometí muchas veces de daros la cabeça de Primaleón, fijo del Emperador de Constantinopla. Sabed que yo soy Primaleón” [...] puso la cabeça en el regaço de Gridonia diziéndole: “Vedes aí, mi señora, essa espada y aquí la cabeça de Primaleón”. (190: pp. 477-78)

Gridonia se espanta y está a punto de suicidarse, pero entre todos la calman y ella consiente en perdonar a Primaleón y desposarse con él. Poco después tienen lugar su boda y la de Duardos y Flérída (203), en medio de grandes fiestas.

Los dos caballeros han renunciado a su identidad y a su condición de príncipes herederos para conseguir a sus amadas. En el caso de Duardos se subraya el descenso en la condición social; en el de Primaleón, el peligro que corre poniéndose en medio de sus enemigos y a su servicio.

Por otra parte, los dos han sufrido enajenamientos mágicos durante los cuales se han unido a otras mujeres. Primaleón desembarca en la isla de Cántara para luchar contra un gigante que lo hace entrar en una cueva; allí enloquece y encuentra a dos mujeres, madre e hija, también fuera de juicio,

e Primaleón muy alegre se fue abraçar con la donzella, que todavía le parecía bien la su fermosura, y començó de fazer grandes alegrías con ella y la donzella con él por manera que no passó mucho tiempo que no cumpliesse su voluntad con ella; y así passó algún tiempo folgando con la madre y con la fija y ellas muy ledas con él. (122: p. 291)

Duardos lo encuentra y lo rescata deshaciendo el encantamiento; Primaleón no guarda memoria de lo sucedido (129). Más adelante, Duardos es desviado por dos veces a la isla de Ircana; esta es una encantadora que enajena al caba-

llero para que se una a su hija Argónida, haciendo dos hijos en ella (152-153, 185). La primera de las veces constituye el paralelismo más claro con el episodio de Primaleón, pues “don Duardos estuvo allí dos meses que nunca se acordó de Flérída y de día andava a caças con Belagriz y con otros cavalleros y de noche venía Argónida a folgar con él” (153: p. 380). Cuando la sabidora lo cree oportuno deshace el encantamiento y deja marchar al caballero.

Las aventuras amorosas de Primaleón y Duardos configuran un esquema de las pérdidas de la identidad y la consciencia. Al comienzo, representan una identidad estable y conocida; no en vano ellos son de los pocos príncipes que, en estos libros, nacen de padres conocidos y casados y se crían con su familia. Hay un abandono de la identidad de forma consciente, voluntaria y controlada, para conseguir a la mujer que aman; sucede en un ambiente cortesano. Hay otros abandonos impuestos por la magia, inconscientes, esporádicos; suceden en islas lejanas, en lugares extraños. En definitiva, la salida de sí mismo puede dejar al individuo a solas con su amor, liberándolo del peso del linaje, de las obligaciones y las deudas contraídas; o bien lo aleja de ese amor que constituye su mayor resorte vital, sometiéndolo a la cautividad y a los planes de otros.

Se puede contrastar la configuración general del *Palmerín* y el *Primaleón* con la de la serie de Amadís examinada antes. Los libros de Amadís se ocupan sobre todo de itinerarios vitales, del ascenso y la decadencia, o de ciclos de muerte y renovación; el compromiso ideológico con el espíritu de cruzada es un elemento añadido con mayor o menor armonía, según los casos. *Palmerín* y *Primaleón* consideran más estáticamente la constitución de la personalidad. El ascenso y caída que les interesa es el de la consciencia, la voluntad y la adhesión a unos fines.⁹ En el *Palmerín*, la cuestión religiosa afecta personalmente al caballero, a su supervivencia, libertad y lealtad: tiene que ocultar su condición de cristiano para que no lo maten, pero no renuncia a ella y finalmente la defiende. En el *Primaleón*, el conflicto atañe la identidad misma de los personajes, ocultada, pero no sacrificada, para conseguir el amor.

3. Otras continuaciones

El examen de algunos libros de caballerías más tardíos muestra las posibilidades de elaboración que ofrecen las estructuras ya descritas: combinaciones, complicaciones, y también simplificación.

Feliciano de Silva escribió una serie de continuaciones del linaje de Amadís de Gaula. No conecta con las ya mencionadas de Páez de Ribera y Díaz, sino que escribe de forma paralela a estos, a partir de *Las sergas*. Su primera

obra, *Lisuarte de Grecia*, es relativamente breve. Relata las andanzas de Lisuarte, hijo de Esplandián, nieto de Amadís, con un plan bastante ordenado: en la primera mitad Lisuarte se enamora de Onoloria, infanta heredera del Imperio de Trapisonda, es armado caballero y vence a los paganos que han puesto cerco a Constantinopla; la segunda mitad comienza cuando Onoloria, por unos celos infundados, rechaza a Lisuarte, y termina cuando se reconcilian y se casan en secreto. En cada mitad, Lisuarte atraviesa una crisis que afecta a su supervivencia e identidad. En la primera, los paganos lo hacen prisionero y van a matarlo en la hoguera, pero se escapa disfrazado de mujer (24-25); poco después es armado caballero, se une a su familia y comienza a combatir. En la segunda, al ser rechazado por Onoloria, queda “loco” y “muerto” (52-53), sale a la aventura y cae preso en un castillo. Entonces cambia su suerte, porque mata un dragón y libera a muchos prisioneros (54), y poco después tiene la oportunidad de liberar a su abuelo Amadís de Gaula (56); a partir de ese punto siguen más aventuras triunfales hasta la reconciliación con Onoloria. A pesar de tanta regularidad, el libro tiene cierto aspecto provisional o de transición, pues Lisuarte y Onoloria no pasan de la boda secreta, y en los últimos capítulos Lisuarte es secuestrado, y su hijo Amadís, recién nacido, es robado por los piratas.

Este hijo es quien da nombre al siguiente libro, *Amadís de Grecia*, considerablemente más extenso y complejo. En él se puede distinguir, en primer lugar, la trama de reconocimiento del niño perdido y reunión de la familia, que en este caso incluye el bautizo de Amadís porque se había criado en un reino pagano. Este proceso recorre casi toda la obra de principio a fin (reconocimiento en II, 62; reunión definitiva y bautizo en II, 123). En segundo lugar, está el proceso de amores, con dos partes que corresponden aproximadamente a los dos libros en que se divide la obra: en el libro I, Amadís ama a Luscela, princesa de Francia; en el segundo, a Niquea, infanta de El Cairo. Cada uno de estos amores ocasiona un episodio de muerte y retorno a la vida, que constituyen un tercer aspecto del dinamismo de esta obra. Amadís de Grecia llega a un castillo encantado en la Isla de Árgenes; tras superar una serie de pruebas, entra en una sala maravillosa donde una mujer le atraviesa el cuerpo con una espada, haciéndole caer “como muerto”; sin embargo, la princesa Luscela saca la espada y “el caballero tornó luego en todo su acuerdo, pareciéndole como que avía estado durmiendo” (I, 29: pp. 103-04). Más adelante, para conseguir a Niquea, se hace pasar por mujer, y mata a otro pretendiente que no solo se hacía pasar por Amadís de Grecia sino que había adquirido mágicamente su aspecto, por lo cual se difunde la noticia de que es él quien ha muerto (II, 90-91, 107, 112, 123). Es precisamente des-

pués de la supuesta muerte cuando Amadís hace saber a Niquea su identidad y se desposa en secreto con ella (II, 92-95).

El amor de Amadís y Niquea proporciona además una serie de variaciones sobre consciencia e identidad. Enfocando a Amadís, se encuentra la misma estructura del *Primaleón*: el caballero oculta su identidad para conseguir a su amada, ocultamiento que en este caso ocasiona que se le dé por muerto; por otra parte, comete una infidelidad durante una enajenación producida por artes mágicas (II, 116). Enfocando a Niquea, se descubren en torno de ella varios enamorados en situaciones diversas. A la posición de Amadís, con su identidad oculta, se opone la del príncipe de Tracia, que es quien adquiere la apariencia de Amadís y está a punto de raptar a Niquea; así pues, mientras que el uno se rebaja para acercarse a la amada, el otro pretende ensalzarse, arrogándose méritos que no le pertenecen. Además, ama a Niquea el feo enano Busendo (II, 23), cuyas sus esperanzas de ser correspondido constituyen una transgresión de la diferencia de estatus y de belleza entre ellos. Por último, la ama incestuosamente su hermano Anastárax (II, 29-30). Este posee méritos y belleza, que hace valer en un primer momento, antes de conocer su parentesco; pero al mantener su pasión sabiendo que Niquea es su hermana, representa un atentado contra los vínculos familiares. En síntesis, Amadís realiza una simulación descendente, y el príncipe de Tracia, una ascendente; Busendo posee una ridícula ignorancia de su condición física y social, y Anastárax, un escandaloso desdén por sus lazos familiares.

Para que Niquea no sufra ultraje de su hermano ni este muera desesperado, la maga Zirfea hace un encantamiento, la “Gloria de Niquea”, que ocupa el centro del libro II y está a punto de absorber toda su acción. En una habitación maravillosa, Niquea queda fuera de sí, contemplando gozosa la imagen de Amadís de Grecia en un espejo; los personajes que entran en ese espacio quedan también enajenados (II, 30). Amadís de Grecia se presenta dos veces ante el lugar (II, 42 y 50), pero la primera se retira atemorizado y la segunda lo detiene una promesa. Después, quedan retenidos en la Gloria de Niquea un buen número de reyes y reinas de las primeras generaciones amadisianas: Oriana, Briolanja, Esplandián y otros (II, 79). Por último, el patriarca, Amadís de Gaula, deshace el encantamiento accidentalmente: la cabeza que corta a un enemigo rompe el espejo de Niquea, y al cesar el gozo y gloria de ella cesa el enajenamiento de todos los demás (tan solo su hermano queda encerrado en un nuevo encantamiento, el Infierno de Anastárax).

La Gloria de Niquea es uno de tantos mecanismos, como el Arco de los Leales Amadores y la Cámara Defendida en *Amadís de Gaula*, que traducen las cualidades de los personajes y el dinamismo del relato –valor, amor, lealtad, belleza– en un esquema espacial perceptible visualmente. Lo singular de

este encantamiento es su capacidad de detener la acción, porque aprisiona a quienes lo prueban, y el héroe no es capaz de afrontarlo. Representa, por tanto, la oposición entre el dinamismo y la estructura estática. La oposición no se resuelve propiamente, porque no es el proceso normal de la trama el que rompe el encantamiento, sino un accidente. La Gloria de Niquea representa que el amor, aunque funcione como impulso y finalidad del proceso de acción, es más bien una salida del curso del tiempo, una abolición del suceder los instantes a favor de un presente extático de contemplación.¹⁰

Un último aspecto de la estructura de *Amadís de Grecia* se manifiesta en algunos personajes secundarios. Lisuarte, padre del protagonista, encarna la marcha del tiempo humano. En el libro anterior de la serie quedó desposado en secreto con Onoloria de Trapisonda y secuestrado (*Lisuarte de Grecia* 96-99). Una vez rescatado, vuelve a Trapisonda; Onoloria recibe una petición de matrimonio y se descubre el secreto, por lo que son castigados (*Amadís de Grecia* II, 14). Más tarde, el padre de ella cede y pueden celebrar solemne y público desposorio (II, 35-36), y algo después la boda (II, 52). Pero “el tiempo, que a todo pone límite en esta vida, especial a las vidas humanas, truxo a aquel honrado Emperador de Trapisonda al fin de sus días”, y de la impresión, su hija Onoloria “dio el alma a aquel Señor que de nada la hizo” (II, 99: pp. 476-78). Lisuarte, heredero del Imperio y viudo, decide casarse con Abra, soberana de Babilonia (II, 122-123). Esto, además, trae la paz entre los cristianos y los paganos. En *Amadís de Grecia*, el conflicto religioso tiene una dimensión personal, pues varios príncipes y princesas paganos se enamoran de personajes cristianos y se sienten rechazados por ellos.

Frente al curso natural humano que vive Lisuarte, Amadís de Gaula representa el retorno de lo mítico. Rodríguez de Montalvo había hecho que Esplandián superase a Amadís, y Juan Díaz había relatado la muerte de este. Feliciano de Silva se resiste a semejante deriva y restituye la talla originaria al personaje. En *Lisuarte de Grecia* lo hace retornar del encantamiento de *Las sergas*, y le concede un papel muy destacado en la lucha para descercar Constantinopla (48). En *Amadís de Grecia*, el de Gaula lleva a término algunos conflictos que parecían corresponder a su bisnieto de Grecia: defiende el honor de una reina injustamente acusada de adulterio con Amadís de Grecia (I, 50-51), y deshace el encantamiento de la Gloria de Niquea, donde el de Grecia no había llegado a entrar, como ya se ha dicho. Además, en los últimos capítulos luchan sin conocerse Amadís de Gaula y Esplandián y, contra lo que contaba Montalvo, en este caso el padre llevó las de ganar (II, 128). Así pues, cada generación va quedando superada por la siguiente, menos Amadís de Gaula, que siempre está al mismo nivel que el protagonista de cada libro.

Feliciano de Silva absorbe el proceso de la vida humana en la eternidad del tiempo mítico, con el mismo procedimiento que usó Rodríguez de Montalvo: un encantamiento que preserve de la muerte a los principales caballeros y damas: La reina maga Zirfea explica:

La magestad divina proveyó de poner en vós y en todos los nacidos la muerte, para que con la memoria d'ella la vuestra gran sobervia fuesse amansada, la cual –como cosa sea natural a todos bivientes– algunos de los que aquí estáis la tenéis no muy lexos, a cuya causa, estos vuestros amigos, sabios de mis artes, y yo, por lo mucho que os amamos, emos querido que, para remedio al menos d'esta que forçadamente á de venir, aquí estéis. (II, 129: p. 566)

Naturalmente, abre la puerta a las hazañas de una nueva generación, que él mismo relatará en *Florisel de Niquea*, donde, otra vez, vuelven al mundo los encantados.

Para observar una estructura completamente opuesta puede examinarse el *Palmerín de Inglaterra*. Se trata de una continuación del *Primaleón* centrada en el hijo de Flérida y don Duardos.¹¹ No faltan las convenciones de hijos perdidos y encontrados, y de amor largamente diferido. Sin embargo, tienen mayor prominencia varias demandas parciales: el rescate de don Duardos, la rivalidad de varios caballeros por la bella y desdeñosa Miraguarda, y las andanzas de Florián, hermano de Palmerín de Inglaterra. Y existe un tercer elemento, que aparece en la segunda mitad del primer libro y va ganando importancia hasta el final: se trata de amenazas para la vida de la corte caballerisca de Constantinopla. Una es la enemistad de los turcos, personificada en Albaizar y aguzada porque los turcos pretenden casar a la princesa Polinarda con un príncipe de su religión (I, 71, 93); se prepara una coalición de “toda la morisma” (II, 35, p. 221). Otra es el envejecimiento del emperador Palmerín, abuelo de Palmerín de Inglaterra: está “flaco y viejo” (I, 82: p. 307), ya no puede justar (II, 10), espera la muerte presto (II, 11, 48), llora con facilidad, “que este es el naural de los viejos” (II, 33: p. 211), comienza a desvariar (II, 35).

Estos procesos culminan en los últimos capítulos del libro II. Un enorme ejército musulmán desembarca frente a Constantinopla (II, 55), y quema sus propias naves para luchar desesperadamente; la visión es terrible:

derramadas y extendidas las llamas cerca de las aguas, parecían ellas mismas arder, con tanta fuerza las soplaban el aire, juntamente con salir un humo negro y espeso, que hacía no parecerse el cielo. Allende de esto, el alcritán y pez echaba de sí un hedor tan insoportable, que ahogaba a los hombres. (II, 57: p. 349)

En la primera batalla campal, los cristianos sufren grandes daños; esto produce tan grande llanto y sentimiento en la ciudad, “que hizo tanta impresión en el emperador Palmerín, que hizo su postrero fin” (II, 64: p. 384). El ejército marcha de luto a la segunda batalla:

Se armaron de armas negras y las divisas del mismo color, cosa que allende de tener el parecer triste, en los corazones de quien las llevaba o las veía engendraba la misma tristeza. Para que del todo entre ellos no hubiese ninguno que pudiese parecer alegre, cubrieron los caballos de luto. (p. 385)

Después, imitaron la desesperación de los enemigos, asolando su propia ciudad. Se lanzan al combate y logran la victoria pero con grandísimas pérdidas: “esta se puede creer que fue la más notable batalla del mundo, por las muchas muertes que en ella hubo y el deseo de morir que quedó en los que quedaron” (II, 65: p. 403). El sabio Daliarte se lleva a Duardos y Primaleón, tan maleridos que desconfía de su curación, y al príncipe heredero para criarlo, despidiéndose del pueblo, “que de nuevo lloraba su desventura, sintiendo por grave cosa hasta los huesos de sus príncipes no dejárselos poseer” (II, 66: p. 404).

Así pues, en el *Palmerín de Oliva* domina una progresión trágica que avanza linealmente hacia la destrucción, primero de manera intermitente y como fondo de las demandas parciales que atraen la mayor atención; concluidas estas con grandes bodas y fiestas, la destrucción ocupa el primer plano. La amenaza del enemigo externo y la decadencia natural de la vida arrasan el mundo caballeresco. Este libro deshace el aura mítica y ofrece una visión de la debilidad humana sujeta a la aniquilación.

4. Conclusiones

El examen estructural realizado muestra que los libros de caballerías presentan una considerable variedad de constitución. La variedad queda algo oculta bajo una superficie que puede parecer monótona: niños perdidos, reconocimientos, justas, torneos, gigantes, encantamientos, bodas principescas. En realidad, estos son elementos tan convencionales como los catorce versos del soneto, y permiten tanto juego imaginativo como ellos. Al examinar los libros de caballerías por debajo de las convenciones superficiales, se descubren formas dinámicas, ya de progresión ascendente, como *Las sergas y Florisando*, ya de progresión descendente, como *Lisuarte de Díaz y Palmerín de Inglaterra*, y también combinaciones de progresión con movimiento cíclico, en *Amadís de Gaula* y *Amadís de Grecia*. En otros libros, el dinamismo pierde importancia y

se dibuja más nítidamente una estructura estática. El paradigma es *Primaleón*, y, dentro de *Amadís de Grecia*, lo que atañe a la Gloria de Niquea.

En segundo lugar, se pueden distinguir el aspecto mítico, el interés humano y el compromiso ideológico de los libros de caballerías. El mito es el aspecto más sobrehumano, y está representado en los libros donde el héroe muere y revive, y en aquellos donde termina liberado del avance de la edad y de la rueda de la Fortuna: el conjunto *Amadís-Sergas* y *Amadís de Grecia*. El interés humano reside, por una parte, en la progresión: si es ascendente, se trata de la reunión de la familia y de los amantes; si es descendente, se proyectan angustias de la vejez y la muerte. También hay un interés humano en los conflictos de identidad y consciencia, que puede quedar liberada por una renuncia voluntaria, o sometida por una intervención externa, del azar, de la magia o del poder. Entre el mito y el interés humano están las liberaciones de prisioneros y de doncellas en apuros, que muchas veces se asocian a cuasi muertes del caballero, pero otras se producen en encuentros fortuitos. Por último, el compromiso se manifiesta de forma especialmente clara en la defensa del ideal de cruzada, que somete la voluntad independiente de los caballeros y puede llevar a la destrucción general, como en *Palmerín de Inglaterra*. Naturalmente, también hay un aspecto ideológico en la idealización de la realeza y del estatus aristocrático que se despliega en tantas páginas (Cuesta Torre).

Sin embargo, la distinción entre mito, interés y compromiso no es tajante. Frye suele señalar como área de compromiso ideológico o secundario la nación y la religión (1973: 36-37; 1996: 77). Parece claro que tiene ese carácter en los libros más decididamente edificantes, como *Las sergas de Esplandián* y *Lisuarte y muerte de Amadís*. Sin embargo, en otras obras la cuestión religiosa se integra en el interés individual por distintos medios. En *Palmerín de Olivia*, afecta a la integridad y libertad del protagonista: se ve dividido entre la lealtad a la religión y el deseo de sobrevivir y comportarse honorablemente.¹² En *Amadís de Grecia*, está unida a la reunión con la familia: el caballero se cría entre paganos y se convierte al descubrir su verdadero origen. Este libro y el *Palmerín de Inglaterra* añaden una dimensión personal a la cruzada, pues la enemistad de cristianos y paganos está fundada en tensiones amorosas. Se diría que el planteamiento de lo primario y secundario en Frye es excesivamente individualista. El punto de vista individual no carece, sin embargo, de pertinencia como quicio de la visión total: el interés humano por la vida y la angustia por su aniquilación vuelven relevantes tanto el mito como el compromiso: la supervivencia sobrehumana, escapando del ciclo natural; la supervivencia del grupo, derrotando a sus enemigos.

NOTAS

1. Ver Frye 1957: 77-79, 83; 1996: 164-67.
2. Sobre esta dicotomía especialmente en el *romance*, ver Frye 1957: 186; 1976: 23-30. Posteriormente, Frye hablaría de “compromiso primario” para lo elemental humano y “compromiso secundario” para la ideología y los prejuicios de grupo; pretendo simplificar la terminología hablando de “interés” para lo primero y “compromiso” para lo segundo. Ver también el artículo de Luis Beltrán en este volumen, especialmente la nota 2.
3. Sobre *Amadís y Las sergas* se han hecho observaciones interesantes desde el punto de vista arquetípico (Russinovich; Cacho Blecua 118-32; Avalor Arce 103-32).
4. Todas las citas y referencias indican la numeración de libros (si hay varios) en números romanos; la de capítulos, en arábigos; y la de página o folio, cuando es pertinente, con la indicación “p.” o “fol.”.
5. Cacho Blecua 389-400; Avalor-Arce 122-24.
6. Citado en Lucía Megías 225.
7. “Hasta aquí jamás estos caballeros, padre e hijo, se combatieron [...]; el coronista de Esplandián en sus *Sergas*, por dar la mayor gloria que jamás alcanzó caballero, a este emperador lo quiso hazer vencedor de su padre, el rey Amadís, el cual de nadie jamás fue vencido” (*Amadís de Grecia* II, 128: p. 563).
8. Ver Sales Dasí; para otros modelos de moralización de la caballería, ver Cátedra 72-74.
9. Ver Frye, 1976: 99-117; 1996: 266, 278, 331-37.
10. Ver Frye 1996: 232-33.
11. Una primera continuación de *Primaleón* sigue la línea masculina, con Platir, hijo de Primaleón. El *Palmerín de Inglaterra* apareció después del *Platir*, pero no se anuda con su contenido, sino con el de *Primaleón*, presentando la descendencia del otro caballero principal, don Duardos. El *Palmerín de Inglaterra* fue escrito originalmente en portugués por Francisco de Moraes, pero se publicó primero la versión española. También hubo continuaciones en italiano. Ver Marín Pina.
12. Además, los libros también dan una visión del problema religioso desde el punto de vista de los musulmanes. El caballero musulmán Torques reprocha a dos de sus parientes que se hayan convertido al cristianismo, aunque los disculpa, al uno por influencia de su familia, al otro por haberse enamorado de una princesa cristiana (*Primaleón* 111: p. 263). Amadís de Grecia se ha criado entre paganos, y su conversión al cristianismo se hace esperar; entretanto, él declara su disposición a luchar por su propia religión: “en mi mano está tener la ley que mejor fuere, que por eso tiene el hombre diferencia entre las bestias con la razón que los dioses en él puso [sic] para escoger lo bueno y dexar lo no tal, [...] por ahora la ley que bivo quiero acrecentar, y por ella y por la honra aventurar la vida” (*Amadís de Grecia*, I, 9: p. 40).

OBRAS CITADAS

- Avalle-Arce, Juan Bautista. *Amadís de Gaula: el primitivo y el de Montalvo*. México: FCE, 1990.
- Cacho Blecua, Juan Manuel. *Amadís: heroísmo mítico cortesano*. Madrid: Cupsa-Universidad de Zaragoza, 1979.
- Cátedra, Pedro M. "Realidad, disfraz e identidad caballeresca". *Libros de caballerías (de "Amadís" al "Quijote"): poética, lectura, representación e identidad*. Ed. Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez. Salamanca: SEMYR, 2002. 71-85.
- Cuesta Torre, M.^a Luzdivina. "La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías". *Libros de caballerías (de "Amadís" al "Quijote"): poética, lectura, representación e identidad*. Ed. Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez. Salamanca: SEMYR, 2002. 87-109.
- [De Moraes, Francisco]. *Palmerín de Inglaterra*. 2 vols. Madrid: Miraguano, 1982.
- De Silva, Feliciano. *Lisuarte de Grecia*. Ed. Emilio J. Sales Dasí. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- . *Amadís de Grecia*. Ed. Ana Carmen Bueno Serrano y Carmen Laspuertas Sarvisé. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Deyermond, A.D. "The Lost Genre of Medieval Spanish Literature". *Hispanic Review* 43 (1975): 231-59.
- Díaz, Juan. *El octavo libro de Amadís, que trata de las estrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte, y de la muerte del inclito rey Amadís*. Sevilla: J. y J. Cromberger, 1526.
- Dolzani, Michael. "The Infernal Method: Northrop Frye and Contemporary Criticism". *Centre and Labyrinth: Essays in Honour of Northrop Frye*. Ed. Eleanor Cook y otros. Toronto-Buffalo: University of Toronto Press, 1985. 59-68.
- Eisenberg, Daniel. "Don Quijote and the Romances of Chivalry: The Need for a Reexamination". *Hispanic Review* 41 (1973): 511-23.
- y M.^a Carmen Marín Pina. *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.
- Frye, Northrop. *Anatomy of Criticism: Four Essays*. Princeton, NJ: Princeton UP, 1957.
- . *The Critical Path: An Essay on the Social Context of Literary Criticism*. Bloomington: Indiana UP, 1973.
- . *The Secular Scripture: A Study of the Structure of Romance*. Cambridge, Mass: Harvard UP, 1976.
- . *Poderosas palabras: la Biblia y nuestras metáforas*. Barcelona: Muchnik, 1996.
- Hart, Jonathan. *Northrop Frye: The Theoretical Imagination*. London-New York: Routledge, 1994.
- Lucía Megías, José Manuel. "Una nueva página en la recepción de los libros de caballerías: las anotaciones marginales". *Libros de caballerías (de "Amadís" al "Quijote"): poética, lectura, representación e identidad*. Ed. Eva Belén Carro

- Carbajal, Laura Puerto Moro y María Sánchez Pérez. Salamanca: SEMYR, 2002. 201-43.
- Marín Pina, M.^a Carmen. “El ciclo español de los Palmerines”. *Voz y letra* 7.2 (1996): 3-27.
- Páez de Ribera, Ruy. *Florisando: sexto libro del Amadís*. 2.^a ed. Sevilla: Juan Varela de Salamanca, 1526.
- Palmerín de Olivia*. Ed. Giuseppe di Stefano. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Primaleón*. Ed. M.^a Carmen Marín Pina. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- Rodríguez de Montalvo, Garci. *Amadís de Gaula*. Ed. Juan Manuel Cacho Bleuca. 2 vols. 4.^a ed. Madrid: Cátedra, 2001.
- . *Las sergas de Esplandián*. Ed. Carlos Sainz de la Maza. Madrid: Castalia, 2003.
- Russinovich de Solé, Yolanda. “El elemento mítico-simbólico en el *Amadís de Gaula*: interpretación de su significado”. *Thesaurus* 29 (1974): 129-68.
- Sales Dasí, Emilio José. “Las continuaciones heterodoxas (el *Florisando* [1510] de Páez de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* [1526] de Juan Díaz) y ortodoxas (el *Lisuarte de Grecia* [1514] y el *Amadís de Grecia* [1530] de Feliciano de Silva) del *Amadís de Gaula*”. *Edad de Oro* 21 (2002): 117-52.